

provisionalmente determinados, que esperan del otro sexo un complemento de determinación para que la evolución vuelva á comenzar.

Muchas veces, las diferencias entre padres é hijos ocultan este determinismo. La variedad parece espontaneidad. Pero, sin hablar de las fatalidades exteriores y de las consecuencias que traen consigo, sabemos que la herencia se encarga por sí sola de producir la variedad. Limitando su acción á cuatro ó cinco generaciones; hay en cada uno de nosotros más de treinta influjos posibles, cada uno de los cuales contiene á su vez millares de ellos, y que se mezclan, se combinan, se equilibran de tantas maneras que parecen una creación nueva. Un móvil, solicitado por cien fuerzas distintas, no por eso deja de moverse fatalmente.

La herencia es, pues, indudablemente, un determinismo, y, cosa que le distingue de cualquier otro, un determinismo *específico*, el hábito de una familia, de una raza ó de una especie. Por ella, nos sentimos cogidos en la cadena indestructible de efectos y causas; por ella, nuestra mezquina personalidad está unida al origen último de las cosas, á través del encadenamiento infinito de las necesidades.

## CAPÍTULO II

### RESUMEN

Resumamos en algunas palabras lo dicho en el curso de este trabajo.

Considerada desde el punto de vista filosófico, la herencia nos aparece como un fragmento de una ley mucho más general, de una *ley del universo*, y su causa debe buscarse en el mecanismo universal. Nada de lo que ha sido puede dejar de ser: de aquí, en el individuo el hábito y la memoria; en la especie, la herencia. No es más que un caso de esa ley última, que los físicos llaman la conservación de la energía y los metafísicos la causalidad universal.

Desde el punto de vista de los hechos y de la psicología, la herencia aparece como una *ley de la vida*, cuya causa es la identidad parcial de los elementos del organismo de los padres y del hijo.

Nosotros no la hemos estudiado más que en esta forma, considerando sucesivamente los hechos, sus leyes y sus consecuencias.

En lo que concierne á los caracteres específicos, la herencia se impone con la evidencia de un axioma, puesto que no tiene excepción. En el orden físico, como en el moral, todo animal hereda fatal, necesariamente, los caracteres de su especie. Un animal que, por un imposible, tuviera, con el organismo de su especie los instintos de otra, sería un monstruo en el orden psico-

lógico: la araña no puede sentir ni obrar como una abeja, ni el castor como un lobo. Aún más: en una misma especie animal ó humana, hasta las razas conservan sus caracteres psíquicos, lo mismo que los fisiológicos. Por último, en el hombre ni aun esas variedades de la misma raza, que se llaman pueblos, dejan de presentar caracteres morales permanentes, si se las considera en la totalidad de sus individuos.

En su forma específica, la herencia mental es, pues, indiscutible, y la duda podría referirse, cuando más, á los caracteres *individuales*. Hemos mostrado con una masa enorme de hechos (que hubiese sido fácil aumentar) que los casos de herencia individual son demasiado numerosos para no ver en ellos más que una casualidad, como se ha pretendido algunas veces. Hemos hecho ver que todas las formas de la actividad mental son transmisibles: instintos, facultades perceptivas, memoria, hábitos, imaginación, aptitud para la bellas artes, para las ciencias y para los estudios abstractos, sentimientos, pasiones, energía del carácter; y lo mismo las formas morbosas: locura, alucinación, idiotismo, suicidio.

Comprobados los hechos, faltaba interpretarlos, determinando sus leyes. Aquí, en la maraña inextricable de las causas concurrentes, no se llega más que á una determinación completamente teórica de la ley. En la práctica se pueden, sin embargo, determinar algunas formas empíricas, que permiten clasificar los hechos de una manera suficiente.

1.º Los padres tienen una tendencia á legar todos sus caracteres psíquicos, generales é individuales, antiguos ó recientemente adquiridos (ley de la herencia directa é inmediata).

2.º Uno de los padres puede ejercer un influjo preponderante sobre la constitución mental del hijo (ley de preponderancia en la trasmisión de los caracteres).

3.º Los descendientes heredan con frecuencia cualidades físicas y mentales de sus antepasados, y se les parecen, sin parecerse á sus padres (atavismo).

4.º Ciertas disposiciones físicas y mentales, muy claramente determinadas, se manifiestan en los descendientes á la misma edad que en los ascendientes (ley de la herencia en las épocas correspondientes).

Hemos procurado, por último, mostrar que *todas* las excepciones no son más que apariencias, y que la herencia es la ley.

El estudio de las consecuencias nos ha conducido á cuestiones prácticas. La herencia trasmite, conserva, acumula. ¿Qué resulta de esto? Que crea hábitos intelectuales y morales, que todo progreso prepara otro progreso, y toda pérdida, otra pérdida. Dos soluciones se nos ofrecían sobre las consecuencias generales de la herencia: una radical, hipotética; otra positiva. La primera, que atribuye á la herencia un papel de *creación*, explica por ella la génesis misma de nuestras facultades; la segunda, que le atribuye un papel de *conservación*, explica por ella el desarrollo de nuestras facultades. Hemos mostrado todo lo que hay de seductor en la primera, pero sin darla más que como una hipótesis. Hemos insistido en la segunda.

En el fondo, la cuestión de las consecuencias nos ha parecido dominada por esta ley general, que comprueba la experiencia. La trasmisión de las modificaciones adquiridas tiene ó puede tener lugar. Cuando el hecho de la herencia mental sea mejor conocido, cuando nuestras vagas intuiciones sobre este asunto se hayan convertido en verdades claras, entonces su importancia social, que apenas si hoy se entrevé, será mejor comprendida, y muchas de las cuestiones, que sería ocioso debatir ahora, se propondrán y quizá resolverán por sí mismas. Entretanto, es imposible que los espíritus menos atentos no se pregunten si, conocidas las leyes psicológicas de la herencia, no podría el hombre emplear-

las en su perfeccionamiento intelectual, someter á sus designios, en este como en otros casos, una fuerza de la naturaleza. Hace unos cuarenta años que Spurzheim y otros se preguntaban si no se llegaría un día á prever el carácter intelectual de los hijos conociendo la constitución psicológica de los padres, y «si no se podría fácilmente crear razas de hombres de talento empleando los mismos medios que se han adoptado para producir diferentes especies de animales».

Ninguna respuesta categórica se puede dar, por el momento. Hasta ahora, el hombre se ha cuidado más de la perfección de las demás razas que de la suya, quizá por ignorancia de las leyes naturales. Se puede decir, sin embargo, fundándose en un cálculo de probabilidades incontestable, que los padres bien dotados de espíritu tienen probabilidades de tener hijos espirituales; que, por numerosas que sean las desviaciones y las anomalías (y hemos visto que deben serlo), como es una necesidad que entre los hechos del mismo orden, que dependen en parte de causas constantes y en parte de causas variables, la ley acabe por dominar, una selección consciente, practicada durante mucho tiempo, daría buenos resultados. Pero la raza así formada no podría nunca ser abandonada á sí misma; porque, sin hablar del atavismo que haría reaparecer bruscamente formas mentales estinguidas en apariencia, sabemos que la herencia tiende siempre á volver al tipo primitivo, ó, para hablar sin metáfora, que lo que se ha adquirido hace poco, tiene poca estabilidad. Quizá también estas constituciones selectas se parezcan á compuestos muy inestables que es bastante difícil fijar. El poder bienhechor de la herencia tendría, pues, límites infranqueables y sería preciso rebajar mucho de la quimera optimista de un progreso sin fin.

No sabemos á ciencia cierta lo que fué el hombre en su origen, ni podemos decir lo que será. Pero pongamos en parangón por un instante el estado natural con

la extrema civilización: comparemos al salvaje casi desnudo, con el cerebro lleno de imágenes y vacío de ideas, su lengua informe y sus fetiches, asociado estrechamente á la naturaleza y formando un todo con ella, con el hombre muy alejado de la naturaleza, muy civilizado, muy refinado, iniciado en todas las delicadezas de las artes, de la literatura ó de las ciencias, en todas las elegancias ó en todas las complicaciones de la vida social, y que practica el precepto de Goethe: Trata de comprenderte y de comprender las demás cosas. Entre estos dos extremos, la distancia parece infinita, y, sin embargo, ha sido recorrida paso á paso. Sin duda que esta evolución, resultado del juego complejo de causas numerosas, no se debe por entero á la herencia; pero muy mal habríamos cumplido nuestra tarea si el lector no comprendiese ahora que ha contribuido á ella enormemente.